

➔ A no muchos kilómetros de su cima hubo –hay todavía, desgraciadamente sin excavar– una villa romana, la de Quintana del Marco, en la que apareció una plaquita metálica con letras de oro que rezaban: ‘Martī Tilenus’. Esta pequeña, pero significativa pieza –que hoy se encuentra depositada en el Museo Arqueológico Nacional –al igual que varios mosaicos de dicha villa–, ha llevado a la consideración de que la montaña estuvo unida a la divinidad romana de la guerra, al dios Marte, y que bien donde apareció la placa, o en el mismo monte, hubo un templo dedicado a dicha deidad.

Pero volvamos al río Órbigo, que a la altura de La Bañeza se nutre con las aguas de otros dos ríos: el Duerna y el Tuerto; la cabecera del primero de ellos va también unida a las explotaciones auríferas de la Antigüedad. A la vez, río abajo, en Santiago de la Valduerna, un castro de la Edad del Hierro nos prueba que sus aguas nutrieron tempranamente otras culturas. Poco después, pero ya en medio de la feraz vega, se encuentra La Bañeza.

Esta ciudad tuvo su origen en el Monte Urba, que se asomaba a las aguas del río Duerna. En él hubo un monasterio y las casas de los primeros pobladores. Posteriormente, se levantó la iglesia de El Salvador con su bello ábside románico. Detrás del retablo, se ocultan unas valiosas pinturas al fresco, también románicas. Aquella altura preservaba a la población de las frecuentes inundaciones de los ríos, que con el tiempo fueron cambiando su curso. Así nació en la vega, cercada por los ríos, la nueva ciudad con sus telares, curtidurías y molinos, a orillas de las zayas, con un populoso mercado semanal que, ya en la Edad Media, era considerado, junto a de Medina del Campo, el más importante de Castilla y León.

Y en La Bañeza, la Plaza Mayor, con su Ayuntamiento de 1909 y el inconfundible templo-torreón de Santa María. A su vez, esta iglesia, por sus valiosas imágenes, nos lleva a recordar que la ciudad tuvo un importante monasterio de carmelitas descalzos, pero al que la invasión napoleónica y luego el lamentable comportamiento de la Desamortización con este tipo de monumentos, llevó primero a su abandono y luego a su total desaparición.

Este monasterio tuvo una gran importancia por su biblioteca y su pinacoteca, por sus documentos, capillas y tumbas funerarias. Sabemos que en él había cartas de Teresa de Jesús y que del convento fue abad Alonso de la Madre de Dios, que inició el proceso de beatificación de Juan de la Cruz. Algo se salvó del desastre y se encuentra precisamente en el templo bañezano de Santa María. Me refiero a tres imágenes que el viajero no debe olvidar al iniciar este recorrido: ‘La Piedad’ de Gregorio Fernández, el San Juan de la Cruz (la ‘vera efigie’, según el testamento de su tallista, Diego de la Peña) y la Santa Teresa en vías de restauración en estos días en que se abre el centenario de su nacimiento.

Son muchas las rutas para llegar a las laderas del Teleno, pero saliendo de La Bañeza podemos elegir dos: la que sigue por Herreros directamente a La Cabrera o la que cruza el pueblo alfarero de Jiménez. Ambos pueblos están bañados por el río Jamuz.

En Las Labradas aparecieron las joyas en las que Delibes se basó para escribir ‘El tesoro’

Jiménez va unido a una riquísima tradición alfarera de siglos. Hasta el mismo Gaudí llegó a él, cuando levantaba el Palacio Episcopal de Astorga, para encargarse de ladrillos y adornos cerámicos para su construcción. Jiménez es un pueblo dinámico y emprendedor. Su tradición alfarera ha quedado fijada didácticamente en su Museo del Barro y en su inquietud cultural, en la anual representación de la Pasión o en sus Jornadas de Teatro.

Atravesar la primera sierra de nuestro recorrido nos lleva a un segundo río, el Eria, y a un segundo valle, La Valdería, inolvidable sobre todo en otoño cuando los chopos se tornan

dorados y sus amarillos y ocres parecen fluir con las aguas. La Valdería une las dos rutas que podemos emprender para profundizar en nuestra marcha. A veces, determinados topónimos nos recuerdan el predominio de la historia o de la geografía. Así, el pueblo de Calzada nos remite a que por él pasa la Vía XVII, la calzada que iba de Astúrica Augusta a Bracara Augusta, en Portugal. Atrás, junto al Duerna, quedó la primera de las mansiones de esta vía, la de Argentolium. La próxima, la de Petavonium, la encontraremos algo más adelante, en el Valle de Vidriales.

Ahora aún nos encontramos en Castroalbón, seguimos junto al río Eria y su puente de hierro. Antes, hemos ascendido hasta el castro pelado que da nombre al pueblo. Es día de niebla y la ermita de la cima y las ruinas del antiguo palacio se nos muestran tan sugestivas como fantasmales. Castroalbón tuvo Fuero y posee un sugestivo museo arqueológico

lógico y etnográfico. En sus cercanos prados pastaron los caballos de la Cohors IV Gallorum. No lejos, río Eria abajo, se encuentran las ruinas del monasterio de Nogales (s. XII), importante foco de la cultura cisterciense. Afortunadamente, los restos de muros y arquerías entre la maleza, todavía nos hablan de la importancia pasada de este enclave monacal.

Si por el contrario hemos tomado la ruta más directa hacia los bellos parajes de La Cabrera, nos encontramos antes con el pueblo de Pinilla, que ya en su nombre nos remite a la extensísima masa de pinares que nos espera. En Nogarejas, en Castrocontrigo, en Torneros de La Valdería, en Morla, el río Eria nos sigue acompañado, pero ahora, en los veranos, con ese aroma profundo a pino. Desgraciadamente, estos parajes no se han librado a veces de las terribles morderuras de los incendios.

Si avanzáramos más en dirección a la montaña tutelar, nos encontra-

ríamos con los tres pueblos que están más pegados al Teleno: Boisán, Filieil y Lucillo. Por ellos discurren en canalillos las aguas que descienden rápidas de la cima. Como ya hemos dicho, en los alrededores de Lucillo se encuentran unos petroglifos recientemente descubiertos, que están siendo estudiados por la Universidad de León. Viendo la rica simbología de los mismos –sus espirales, laberintos y cruces incisos en las grandes rocas, contemplando al fondo de estas verdaderas aras prehistóricas la mole nevada del Teleno– comprendemos el carácter indudablemente sagrado y fundacional de este paraje.

Volvamos a los pinares de Nogarejas, en donde de nuevo se nos ofrecen dos rutas preciosas. A la izquierda, cruzando el río Eria, nos encontramos con la que nos llevará a los límites zamoranos del Valle de Vidriales. Penetremos, por ello, en el valle de Vidriales por Congosta y Ayoo, que poseen ricos ma-



▲ Arriba, Mirador de la Sierra de Braña, donde posa Colinas en la foto superior de la derecha.

